



El entierro de las víctimas de Atocha fue un acto multitudinario de afirmación democrática.

El sangriento 24 de enero de 1977

FRACASO Y LECCION DE UNA CONJURA CONTRA EL PUEBLO

EDUARDO DE GUZMAN

EN la mañana del domingo 23 de enero, en el curso de una manifestación en favor de la amnistía, un grupo de pistoleros fascistas —entre los que hay algunos extranjeros— matan por la espalda en la calle de la Estrella a un muchacho de diecinueve años —Antonio Ruiz García—, trabajador y estudiante. Veinte horas más tarde, al salir de su domicilio de la calle madrileña de O'Donnell, unos desconocidos secuestran al teniente general don Emilio Villaescusa Quillés, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, al que se llevan en su propio automóvil. Al mediodía de ese mismo lunes 24, una muchacha estudiante —María Luz Nájera— resulta mortalmente herida por un bote de humo disparado a escasa distancia en plena Gran Vía. Posteriormente, grupos de "incontrolados", provistos de porras, cadenas y pistolas, asaltan diversos cafés, amenazando y golpeando con toda impunidad a los pacíficos clientes y disparan varias ráfagas contra algunos centros políticos sindicales.

El suceso más grave tiene por escenario el despacho de abogados laboralista sito en el tercer piso de una casa de la calle de

Atocha. Poco después de las diez y media de la noche, dos individuos armados con sendas pistolas irrumpen en el local y, tras alinear contra una pared a las nueve personas que se hallan en su interior, disparan contra ellas hasta agotar la munición de las armas que manejan. Luego se marchan tranquilamente, dejando tras sí un montón informe de muertos y heridos revolcándose en el charco formado por su propia sangre.

La bárbara matanza —réplica exacta de la perpetrada por Al Capone con los miembros de una banda rival el día de San Valentín en el Chicago gangsteril de 1930— produce en todas partes una enorme sensación de asco, repugnancia, dolor e indignación. Con este crimen bestial sus autores pretenden —igual que en otros asesinatos cometidos antes y después— una doble y clara finalidad: amedrentar a los hombres y partidos de izquierda y provocar una reacción violenta, desesperada, de las masas trabajadoras —a cuyo servicio laboraban desinteresadamente los abogados inmolados— que degeneren en alborotos y disturbios que puedan justificar una vuelta a la dictadura.

Idéntico objetivo tienen varios crímenes más que se perpetrarán en la mañana del jueves 26 de enero. Unos pistoleros —que se proclaman izquierdistas en las notas que vanagloriándose de su sangrienta hazaña, dirigen a los medios de comunicación— disparan contra los guardias que prestan servicio en dos cajas de ahorro de la periferia madrileña, matando a tres e hiriendo de gravedad a otros tantos. Si por un lado, cuando actúan descaradamente sin ocultar su verdadera significación, pretenden excitar las iras proletarias, por otro, cuando la camuflan bajo caretas de falso progresismo, intentan conseguir una reacción colérica de las Fuerzas de Orden Público contra sus presuntos agresores. La maniobra es tan clara como burda y la personalidad de sus autores no debe ofrecer ninguna duda. Pero dada la tensión reinante, el ambiente de confusión generalizada que los agentes del "bunker" acentúan, los grandes intereses en juego y las complicidades con que la oligarquía totalitaria cuenta en determinados estamentos, puede triunfar la intencional, ocasionando daños incalculables al país. Que es precisamente lo que dan por descontado en es-

tos días de pesadilla los insistentes rumores que a todas horas ponen en circulación quienes a cualquier precio tratan de frustrar las esperanzas democráticas de la inmensa mayoría de los españoles.

Factor decisivo en el fracaso de la maquinación es la madurez política, la sensatez y el valor sereno y frío, sin gritos histéricos ni aspavientos melodramáticos de un pueblo ejemplar que tiene perfectamente aprendida la lección de muchos lustros de intensos sufrimientos. Reacciona como debe reaccionar, tan lejos de las cobardías humillantes como de los vociferos desafíos verbales. Ni cae en la trampa tendida por sus enemigos ni se deja arrastrar al terreno de una violencia insensata. En un silencio impresionante, ciento cincuenta mil personas acuden, desdeñando el probable riesgo de nuevas agresiones de los "incontrolados" —desconocidos cuyos nombres y apellidos conoce todo el mundo— al sepelio de los abogados muertos. No se pronuncian arengas ni discursos; no hacen falta, porque más elocuentes que todas las palabras es la simple presencia de la muchedumbre y los paros espontáneos que, como manifestación de dolorida

solidaridad, se producen en toda la geografía peninsular.

Haciéndose eco e intérpretes de la reacción popular, los partidos y organizaciones liberales, izquierdistas y proletarios condenan con la máxima energía lo sucedido. Tan unánime es el sentimiento de repulsa contra la criminal intencional que por vez primera en la Historia nacional todos los diarios y revistas del país publican un comunicado conjunto señalando el alcance de la conjura, pidiendo calma y reclamando un castigo ejemplar para sus instigadores; ni siquiera publicaciones que en el fondo —e incluso la forma— simpatizan con los organizadores se atreven a negarse a insertarla. (Lo que no es óbice, naturalmente, para que habildosamente, por medio de informaciones o titulares sensacionalistas o comentarios envenenados, continúen entonces, y sigan ahora, haciéndoles el juego.)

Ejemplar es también la conducta del vicepresidente del Consejo, general Gutiérrez Mellado, que con su actitud firme y su concepto exacto del deber y la disciplina castrense, sabe cortar de raíz manifestaciones extemporáneas y pasionales, sumamente peligrosas dadas las circunstancias, exteriorizadas en la tarde del sábado 29 de enero al salir del hospital militar los féretros de los guardias asesinados cuarenta y ocho horas antes.

Gracias a unos y a otros, la terrible pesadilla vivida por España en la última semana del mes de enero de 1977 termina con unos resultados diametralmente opuestos a los perseguidos por quienes desencadenaron un baño de sangre que se liquidó con diez muertos y un puñado de heridos. Poco después, las personalidades secuestradas por el más que sospechoso GRAPO son liberadas sanas y salvas en una operación policíaca todavía no suficientemente explicada. En cuanto a los autores materiales de los crímenes, se confirma, al detenerseles, cuanto por anticipado ha dado por seguro la opinión pública. Los asesinos de Antonio Ruiz —el argentino Jorge Cesáry y el español José Fernández Guaza, el primero en la cárcel y el segundo en libertad— son miembros de un comando fascista internacional. Los asesinos de Atocha, elemento directivo y pistolero a sueldo del sindicato vertical del Transporte. (Por desgracia, y pese al tiempo transcurrido desde su detención, todavía no se han investigado a fondo las evidentes conexiones y complicidades de que gozaron y posiblemente siguen gozando. Aunque algunos continúan en prisión, ninguno ha sido condenado, tres han sido puestos en libertad —dos por

sorprendente aplicación de la amnistía y uno bajo fianza— y el resto confían en ser excarcelados muy pronto.)

Si resulta lamentable que no se haya hecho justicia con los autores materiales ni desenmascarado a los instigadores de la tragedia ocurrida ahora hace justamente un año, podemos estar relativamente satisfechos de las consecuencias políticas del fracaso sufrido entonces por el "bunker". Merced en buena parte a él la paz ciudadana no ha vuelto a sufrir alteraciones de parecida importancia y trascendencia. En los doce meses últimos se ha pasado de la simple tolerancia de los partidos políticos y las organizaciones sindicales democráticas a su plena legalización y funcionamiento; se ha desmontado una parte de la maquinaria totalitaria y verticalista del franquismo; pudieron celebrarse las primeras elecciones legislativas en cuarenta y un años y funciona un Parlamento todo lo defectuoso que se quiera, pero diametralmente opuesto a las llamadas Cortes de la interminable dictadura. No vivimos todavía en una situación plenamente democrática, pero disfrutamos de unas libertades que nos fueron negadas durante ocho lustros. Aunque no es ni mucho menos todo lo que desea el pueblo español, estamos más cerca de conseguirlo que doce meses atrás.

Pero el peligro no ha desaparecido y sería suicida descuidar la vigilancia y aflojar en el esfuerzo. Intencional como las de enero de 1977 son posibles e incluso probables en un inmediato futuro. Todavía hay quienes a diario aturden nuestros oídos afirmando que durante el franquismo se disfrutaba de mayores libertades, olvidando voluntariamente que un millón largo de españoles pasaron por las cárceles años después de terminada nuestra contienda fratricida; que vivíamos y comíamos mejor, silenciando las hambres espantosas padecidas durante lustros por el pueblo, con cartillas de racionamiento durante más de veinte años y un descarado y vergonzoso estraperlo que enriqueció a tantos indeseables; que había menos desórdenes y muertos, ignorando las innumerables víctimas que costó el franquismo y que incluso en los once últimos meses de la vida de Franco hubo más muertes violentas por motivos político-sociales que en los veintiséis meses transcurridos desde su defunción. (Periódicos de tan inequívoca significación como "El Alcázar" tenía que reconocer hace muy pocos días que lo que él llama "víctimas del terrorismo rojo" fueron 25 en 1975 y sólo 19 en 1976 y 20 en 1977.) ■

Los
Contem
porá
neos

LOS HIJOS, LOS ENFERMOS, LOS PARADOS Y LA ECONOMÍA

EL diputado habló con sus hijos antes de irse a las sesiones del Congreso. "Voy a pedir la mayoría de edad a los dieciocho años. Pero no os hagáis ilusiones: pase lo que pase, en esta casa vosotros no seréis mayores hasta los veintidós años". Me lo contaron durante la Semana Económica y Política del grupo Mundo, en Barcelona. Delante del diputado. Pero como fue una conversación privada, no digo su nombre. Tampoco importa. Es un rasgo, es una mentalidad de este tiempo español. Somos capaces de abstraernos en los temas de libertad, de liberación general; lo somos menos con las situaciones concretas en las que nosotros somos los autócratas. Una vez oí a un autor de teatro —revolucionario— decir que la derecha es conatural al hombre, como si formase parte de una herencia genética y de una situación en el mundo: ser de izquierdas consiste en hacer un esfuerzo mental y material. La derecha es una cuesta abajo, la izquierda una cuesta arriba. No lo creí, no lo creo de una manera general. Pero veo que está pasando, que pasa mucho en España. Y creo que puede ser grave.

De quien si digo el nombre es de Rodríguez Sahagún, el hombre de las empresas medianas y pequeñas, que quizá hace un esfuerzo considerable para comprender el mundo y los hombres en esta época. Aunque no siempre lo consiga. Digo su nombre porque su frase fue pública, desde la tribuna de esa misma semana económica y política. Explicó por qué ha tenido que crear una empresa cada año, a pesar de su falta de interés por hacerlo, y del calvario del empresario pequeño: porque cada año tiene un hijo. Pensé en si la solución estaría en que las esposas de los empresarios tomen la píldora, para reducir el número de empresas pequeñas; o si por el contrario conviene prohibírsela, para que se multipliquen las empresas pequeñas y haya más puestos de trabajo.

Pensé también en los obreros, que pueden tener un hijo cada año. Y en si podrían resolver el problema aun con las dificultades con que las resuelve el señor Rodríguez Sahagún. Un hijo cada año, un puesto de trabajo cada año: un puesto adicional. Los empresarios no se lo tolerarían: el pluriempleo está ya mal visto. ¿Cuál será el efecto de la píldora en la creación y el desempeño de los puestos de trabajo?

También oí a don Max Mazim explicar el ciclo que defiende de la Seguridad Social y el desempleo. Si ciertas cargas de la Seguridad Social pasan directamente a su consumidor —por ejemplo, pagando algo a los médicos, pagando algo más de las medicinas— se ahorrarían unos miles de millones de pesetas: estos miles de millones de pesetas se aplicarían al subsidio de desempleo. De esta forma, y con el despido libre, los empresarios podrían despedir a sus obreros, que cobrarían el subsidio. Y los empresarios se quedarían con la tranquilidad de conciencia de que no condenan a nadie al hambre. (Y de que no fabricaban revolucionarios.) La idea de que el dinero para los obreros sin trabajo salga de los obreros enfermos es muy interesante desde un punto de vista de una nueva economía. Describe una sociedad.

Nadie juzgue la Semana Económica y Política de Mundo por estas pequeñeces. Tuvo su importancia, produjo debates apasionantes. Y no todas las opiniones fueron de derechas. También habló el señor Carrillo. ■

POZUELO